



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II



14 de julio de 1888



Núm. 37



EL CORDERO NEGRO

LOS MARTIRES DE LA CIENCIA

Si el poder de Dios no fuera infinito, el hombre le hubiera ya superado. Tal es la grandeza de sus adelantos que, á no ser innata la idea religiosa, colocaríamos en los altares, no imágenes de santos, sino de sabios.



NADA hay más sublime, ni más consolador al propio tiempo, que contemplar siquiera sea la síntesis de la vastísima obra que la humanidad ha realizado desde sus albores. ¡Qué éxtasis embarga nuestra alma! ¡Qué orgullo sentimos al pensar que estamos incluidos en la lista de los obreros que más ó menos directamente concurren á levantar ese potente edificio, morada del progreso, y que se alza y se alza arrogante, imponente como si quisiera tocar en el trono del Creador!

Y ¿quién sugirió á los hombres la idea de dar comienzo á esa fatigosa empresa? ¿Qué fuerza interior dominó su voluntad, induciéndoles á proseguir su obra sin pararse á reflexionar en los continuos obstáculos que habrían de estorpecerla? Sólo asegurándose en la idea de que nuestra materia está rodeada de *algo*, cuyo *algo* no nos pertenece, que es inmaterial, intangible, y sólo se da á conocer por sus efectos, que son fecundos, elevados... divinos, en fin.

Lo que más pone de manifiesto la superioridad del hombre sobre todos los demás seres de la naturaleza, es, sin duda alguna, la aversión, el horror (producto de ese mismo *algo*) que tiene á la monotonía, al estacionamiento, al *siempre lo mismo*. Para él no existe el *non plus ultra*, sino que, después de haber dado un paso de avance hacia la perfección, hacia el progreso, en vez de extasiarse ante la magnificencia de su triunfo, su exaltada imaginación le obliga á mirar más lejos, á sondar nuevamente y con más ahinco, sin que le haga cejar en su propósito los frecuentes desengaños que empañan y hacen más técnica la lucha que lleno de brío emprendió. Diríase que esto no era más que una consecuencia del orgullo de nuestra elevación sobre lo existente en esos atrevidos pasos, á esa osadía desplegada por el hombre en arrancar á la naturaleza los secretos que, como buena madre, oculta en sus más negros arcanos, no acompañara siempre un fin determinado: hacer más llevadera, más holgada, menos dura su fugaz existencia en la vasta extensión donde fué colocado. Sin retroceder á los oscuros tiempos de la historia, desde que se tiene noticia, aunque pálida, de las primeras huellas por el hombre impresas en la tierra, se nota ostensiblemente esa tendencia á suavizar los medios en que vive, y de aquí las continuas é incesantes alteraciones que se suceden en su manera de ser, en sus costumbres, en sus artefactos, etc., etc.

Estos cambios, estas variaciones, estos adelantos, en una palabra, son en mayor parte lentos é insignificantes, y solamente en gran número es como se

balan su influencia en los destinos de la humanidad. Pero ¿es acaso por esto menos sorprendente la constancia y el desvelo con que el hombre los inicia y lleva á feliz término? ¡Cuanto más empeñada es la lucha, más digno de admiración es el triunfo! El áspero camino del progreso está lleno de obstáculos casi inasequibles que solamente genios privilegiados, voluntades de hierro, pueden salvar: por eso, cuando un hombre, arrostrándolo todo, poniendo su talento al servicio de sus semejantes y despreciando necias preocupaciones, acomete la noble empresa de arrancar á la ciencia algún secreto que ha de redundar en beneficio de sus semejantes, su nombre se eterniza, y las trompas



El cordero negro

de la fama entonan himnos de alabanza la bienhechor de la humanidad, al mártir que espontáneamente se ha ofrecido á tomar parte en las justas que la ciencia le prepara; justas que si no requieren un vigoroso brazo exigen una inteligencia muy superior á la vulgar, á pesar de lo cual sale á veces maltrecha, sí, pero nunca destruída. Y ¿no estamos nosotros en la sagrada obligación de no mostrarnos indiferentes ante ese inmenso favor? Es verdad que nosotros, en nuestra pequeñez, no podemos corresponder dignamente ni pagar como se merecen los esfuerzos que esos héroes han empleado para poner á nuestra disposición agentes útiles para la vida que la naturaleza atesora y á que sólo suelta cuando el que con ella combatió ha quedado casi extenuado; pero poseemos, sin embargo, un premio, no pequeño después de todo, que nunca escatimamos: la gratitud. ¡Oh! ¿Qué mejor presente puede recibir el sabio que el coro universal que forman sus semejantes, repitiendo al unísono: «¡Gloria al héroe!! ¡¡¡Gloria al mártir de la ciencia!!!»; fiel expresión del sentimiento que hacia él profesa el corazón de cada uno fundido entonces en uno solo?

Los griegos apoteotizaban, elevándoles al Olimpo, á los personajes que en

su concepto se apartaban de lo vulgar, dando así una prueba del respeto que les debía: nosotros, desterradas ya aquellas creencias, pronunciamos á nuestros hijos su nombre, éstos á nuestros nietos... y siempre, y siempre se repite... y nunca, y nunca se olvida, porque la obra por ellos producida es permanente, perenne, como lo es su recuerdo á quien no alcanza el furor de la muerte.

Arquímedes á las ciencias físicas, Aristóteles á las filosóficas, Newton á las matemáticas, Buffon á las naturales; les dieron tan gigantesco impulso y sentaron tan firmes verdades, que, á pesar de los estudios que hoy se hacen y de las investigaciones detenidas en ese género de conocimientos, no se ha intentado poner la mano en los sólidos principios por ellos sentados.

¡Qué nutrido martirologio, por decirlo así, nos presenta la ciencia, cada uno de los cuales hizo avanzar á la humanidad en su penoso camino, y sin cuya ayuda tal vez habríamos desmayado ya sin haber *hecho nada*, agobiados por las múltiples sacudidas del huracán de la vida! La imprenta, la brújula, la pólvora, el fluido eléctrico, el barómetro, la gravitación universal, el telescopio, el nuevo mundo, los globos aerostáticos, son descubrimientos á los que va íntimamente unida, como la sombra al cuerpo, la admiración á los genios que los produjeron: Gutenberg, Flavio Gioja, Bertoldo Schwartz, Volta, Torricelli, Newton, Galileo, Colón, Montgolfier, cuyas imágenes se ostentan en los altares de la ciencia, que, como toda religión, tiene sus ídolos, en honor de los cuales quema el incienso del agradecimiento más entrañable. Intentar hacer resaltar la importancia de cada uno de estos inventos, sería tanto como empeñarse en demostrar que al día sucede la noche, que el oxígeno es imprescindible á la vida. Imposible también hacer intérprete, á la pluma, del reconocimiento y de la admiración que debemos guardar á cada una de esas colosales figuras que han hecho época en la humanidad, engrandeciéndola hasta el extremo en que hoy la vemos. Si en nuestros días levantase la cabeza un sabio de la antigua Grecia, un filósofo del siglo de Pericles, creería que Dios se había dignado dejarnos dirigir nuestra mirada á los arcanos de su sabiduría: tal es la trascendencia de los cambios operados en el género humano en la carrera de los tiempos. ¿Qué mucho, pues, que al comparar lo pasado con lo presente demos cabida en nuestro pecho á una embriagadora satisfacción que tiene fundamentos para poder ser orgullo? No nos durmamos, sin embargo, en los laureles del triunfo, y prosigamos tenazmente el camino trazado por nuestros antecesores, como el medio mejor de honrar la memoria de tanto glorioso mártir de la ciencia.

ANGEL P. IBÁÑEZ

Reinosa, junio 1888.



LOS SIETE COLORES



Al penetrar los rayos solares á través de un cristal tallado, obsérvase el bello fenómeno que ofrece la descomposición de sus siete colores fundamentales. Después de una tempestad, esta descomposición de luz se presenta también en la naturaleza bajo la hermosa forma de esa cinta ondulante conocida por arco iris. Puede observarse asimismo en las gotas del rocío al ser heridas por el sol, en los prismas de las lámparas, en los objetos de cristal de roca, y muy particularmente en los brillantes y diamantes.

Los colores que nos ocupan son siete: *rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, indigo y violeta*. Los restantes colores sólo son compuestos de los citados, y no tienen, por lo tanto, ni su solidez ni su permanencia.

Del *rojo* presenta la naturaleza diversas aplicaciones en muchas sustancias animales, vegetales y minerales. En el hombre los labios y las encías, y en los animales la cresta de gallos y gallinas, el pico y patas de la perdiz, los salmonetes, langosta y langostinos, la cochinilla, el coral, las plumas de varios pájaros; y la sangre entre los líquidos animales.

En los vegetales no abunda menos el citado color, pudiendo observarse en la rubia, sándalo rojo é higuera infernal. Entre las flores lo ostentan la camelia, los geranios, la flor de granado, claveles, amapolas y otras cien que fuera prolijo enumerar; y entre los frutos, las acerolas, fresas, cerezas, tomates, pimientos, sandía, etc., etc.

Hay asimismo minerales rojos, como granates, rubíes, crenolina, bermeillon y demás.

Compónese el color *anaranjado* de sus dos inmediatos, esto es, del rojo y amarillo. Hay animales que tienen parte de su cuerpo de este color, como el faisán dorado, las aves del paraíso, algunos peces de agua dulce y diversas avicillas é insectos. La piel de algunos perros, gatos, bueyes y otras reses, presenta también manchas de este color.

Entre los vegetales debemos citar la naranja, de la cual se deriva su nombre; calabazas, ciruelas, maíz, trigo y otras frutas. La azucena anaranjada, el girasol, los claveles silvestres, la retama y el polen de muchas flores, tienen el color más ó menos anaranjado, y siempre de un amarillo encendido.

Los minerales de este color, aunque algo rojizos, son el cobre y el minio: entre las piedras preciosas, se cuentan los topacios. Las avispa, los canarios, los capullos de seda, las oropéndolas, algunas mariposas y gran número de insectos alados, son amarillos.

Gran número de vegetales nos dan este color en sus flores, á saber: el junquillo, la tomatera, la gayomba, la siempreviva, el jaramago y otros muchos.

Algunos en sus frutos y semillas, como el limón, las chufas, el alpiste, la corteza de algunos melones y la cebada. Facilitan, otros, colores para la pintura, como la gutagamba, el azafrán y la gualda. El aceite de oliva presenta asimismo este color.

El oro, el azufre, el ámbar, el latón y el topacio claro, son los minerales más importantes que presenta el mencionado color.

Compónese el verde de amarillo y azul. Varios son los animales de este color, y entre sus ejemplares se cuentan las arañas, langostas, cantáridas, ranas, sapos, culebras, lagartos, cocodrilos, etc., etc. También hay gran diversidad de aves del propio color.

Pero donde más abunda, es indudablemente entre los vegetales. Los hay que ostentan siempre verdes sus hojas, como el limonero, el ciprés, el naranjo, los pinos, los olivos, las encinas, las palmeras y otros varios: los restantes sólo verdean en determinadas épocas del año. Entre las frutas de este color, que son asimismo muy numerosas, se cuentan las aceitunas, las peras, las manzanas, pepinos, guisantes, habas, y la corteza de las sandías, melones, nueces, calabazas, almendras y demás.

No son menos abundantes los minerales verdes, contándose entre ellos la malaquita, la esmeralda, el cardenillo, algunas clases de bronce y el sulfato de hierro.

El azul, el más bello de todos los colores, da su color al cielo cuando está sereno, y al mar cuando está en calma. Es el color con que se visten las vírgenes, y el que más ha inspirado y han cantado los poetas.

Hay varios peces de este color, siéndolo también la cabeza y el cuello del pavo real macho, los picos, el alción y el colibrí. Entre los insectos se ven algunos escarabajos, moscas y mariposas que en las transparencias de sus alas ostentan tintas azuladas.

Entre los vegetales se cuentan las flores de achicoria, las *no me olvides*, las



Ricardo y el azúcar

arrajas, lirio cárdeno, cardo santo, espuelas de caballero y varias flores sil-
estres.

Hay también minerales azules: el zafiro, la turquesa, el lapislázuli, que
produce el azul de ultramar, la caparrosa azul y otros menos importantes.

El índigo es un azul oscuro, como si dijéramos azul de Prusia. Compónese
azul y una pequeña cantidad de violeta. Es el color que menos abunda en
naturaleza, si exceptuamos algunas golondrinas, insectos, y varias aves
peces.

Los vegetales que presentan este color son la persicaria, la yerba pastel y
añil ó índigo, del cual toma el nombre.

El zafiro de color oscuro y el acero pavonado son los minerales más cono-
cidos de este color.

Finalmente el violeta se compone del azul y del rojo. Es poco frecuente
entre los animales.

Donde tiene más aplicación el violeta es entre los vegetales. Lo son varios
trios, campanillas, heliotropo, pensamientos, lilas, violetas y otras flores. Son
el propio color las berengenas, algunas ciruelas, el cacao, uvas y moras. El
ampeche, el palo del Brasil y la oschilla son materias que dan un color rojo
olado, de gran utilidad en la pintura y la tintorería.

En las sustancias minerales es el color que presta menos ejemplares, pu-
diendo asegurarse que el solo que ofrece es la bonita piedra preciosa conocida
por amatista.

A. OZORES



LOS PROVERBIOS DE SALOMON

II

SALOMÓN fué el rey más sabio y á la vez el más poderoso de la tierra; pero luego que vinieron los frutos de la paz, más y más copiosos cada día, en la sombra de su justo, sabio y paternal gobierno, fueron tantas las riquezas que acumuló en sus tesoros, que no pueden someterse á cálculo ni dar vieron cuento.

Con esto pensó ya en la construcción del templo, obra que pensó David no pudo realizar con los disturbios y guerras de su tiempo, quedando reservada á su hijo Salomón por voluntad expresa de Dios.

Y escribió á Hirán, rey de Tiro, haciéndole saber su proyecto y pidiéndole cedros del Líbano para su grande obra; y el rey de Tiro se aprestó á servirle de Jerusalem, que puso á su disposición sus tesoros y le envió cien mil fanegas de trigo, cien mil de cebada, veinte mil hatos de aceite y otros tantos de vino, para el mantenimiento de los operarios.

Y escogió Salomón operarios de todo Israel en número de treinta mil, enviándolos al Líbano por su turno, á diez mil cada mes.

Y tuvo setenta mil hombres que acarreaban las cargas, y ochenta mil carpinteros en el monte que trabajaban todos para la casa de Dios, sin contar los sobrestantes para cada una de las obras, en número de tres mil trescientos, que daban las órdenes á los que trabajaban en la fábrica.

Aun así, con todo este ejército de operarios que trabajaban sin cesar, hubo de durar la obra siete años, como quiera que toda ella era de piedra labrada, revestida por dentro de olorosa madera de cedro, desde el pavimento de blanco abeto hasta la techumbre de aquella oscura y preciosa madera, sin contar los relieves y molduras y enchapados de oro puro. El oráculo del Santo de los santos era todo de oro purísimo, con tener veinte codos por todos sus lados.

Terminada la casa del Señor, maravilla de riqueza y arte, que por sí sola bastaba para la gloria de Salomón, congregó el rey á los ancianos de Israel, á los príncipes de las tribus y á los caudillos de las familias, para que acompañaran á la solemne traslación del arca de la alianza.

Después de colocarla en el oráculo del templo, postrado de rodillas Salomón, hizo á Dios fervorosa oración pública, dándole gracias por sus beneficios.

Puesto luego de pie con majestad soberana y radiante de gloria y felicidad, alzó los brazos al cielo y bendijo á su pueblo, pidiendo sólo para sí la divina inspiración de la sabiduría.

Complacido el Señor de la obra de Salomón, no menos que de sus propósitos, lo visitó otra vez, sellando su frente con el ósculo de la sabiduría y de la inmortalidad.

DR. NAVAS, PBRO.



Á LA VIRGEN

PLEGARIA

Como surca las olas frágil barquilla
al suspirado puerto por arribar,
así buscan las almas la ansiada orilla
de la existencia humana surcando el mar.

Del naufrago del mundo, Virgen María,
eres el venturoso puerto de amor;
y tu gracia es el faro que al alma guía,
disipando las sombras con su fulgor.

¡Oh Reina de los Cielos, sol de ventura,
tesoro de virtudes, supremo bien:
para cruzar del mundo la senda oscura
del alma que te invoca sé tú el sostén!

Por el hijo adorado que dió su vida
para ofrecer al mundo la redención,
escucha nuestros ruegos, madre querida,
y borre nuestras culpas tu intercesión.

Y cuando llegue la hora de nuestra muerte,
de tu amoroso amparo volando en pos,
¡concédenos la eterna gloria de verte,
oh Reina de los Cielos, Madre de Dios!

CARLOS CANO



El primer pesar de una niña

—NUESTROS GRABADOS—

EL CORDERO NEGRO

Un día el niño Gustavo recibió de sus padres, como regalo, un cordero negro. Fué precisamente una mañana en que su mamá había ido á pasear con uno de los niños, pues no quería llevarlos todos á la vez, y así es que Gustavo estaba muy triste con sus hermanitos.

De pronto un hombre entró en el patio con el cordero, lo cual bastó para desvanecer la tristeza del muchacho, que al punto corrió para acariciar al animal. Los demás niños le imitaron, y el cordero, como si quisiese participar de la alegría que causaba, comenzó tam-



Cómo dos aves anidaron en un zapato

bién á brincar alegremente. A los pocos días se familiarizó tanto con Gustavo, que le seguía á todas partes.

Un día la mamá observó que el cabello tenía las puntas como cortadas, y preguntó cuál era la causa.

—Es que el corderito se come mi cabello,—contestó Gustavo.—Cuando me echo sobre la yerba para estudiar mi lección, acércase á mí y me muerde cariñosamente la punta del cabello.

Cuando el cordero se hizo grande, corría á veces y saltaba de tal modo, que con frecuencia derribaba á los niños; de modo que la madre se vió en la precisión de enviarle al campo, á cierta distancia de la ciudad.

Gustavo sintió muchísimo la separación, y siempre que sus padres hablaban del cordero no podía retener sus lágrimas.

RICARDO Y EL AZÚCAR

El goloso Ricardo era muy aficionado á los dulces, y en general á todas las golosinas. Cuando le daban leche caliente para almorzar, llenaba media taza de azúcar; y cuando llegaba la Pascua de Navidad, ó el día de su santo, prefería los confites á los juguetes.

Cierto día Ricardo estaba en la cocina cuando entró un dependiente de la tienda llevando varios paquetes, y vió á su mamá coger uno y llenar de azúcar un cajón.

—Dame un poco de azúcar, mamá,—le dijo.

—No,—contestó la madre.—Es necesario quitarte el vicio de comer tanto azúcar, porque no es nada bueno; pero en cambio te daré una rebanada de pan y manteca.

—No tengo ganas de comer pan,—replicó Ricardo frunciendo el ceño.

—Pues bien: no comas nada,—dijo la madre, saliendo de la cocina.

Apenas se vió Ricardo solo, levantó la tapa de la caja. ¡Qué blanca y qué hermosa le pareció!

—No me hará daño comer un poco,—se dijo. Y, tomando un puñado, se lo introdujo en la boca.

Apenas lo hubo hecho, llegó su madre.

—Tú has tocado el azúcar,—le dijo.

El muchacho se inmutó. Temía que le castigaran si decía la verdad, y no vaciló en contestar con una mentira.

—Lo estaba mirando solamente,—dijo;—mas no lo he tocado.

La mamá, sin decir palabra, cogió del brazo á Ricardo y condújole al salón, donde había un espejo de cuerpo entero. El niño se miró, y pudo ver que toda la parte delante de su blusa azul estaba llena de polvo de azúcar, lo cual le hizo llorar.

—Bien ves,—dijole su mamá,—que te he cogido en mentira, sin que puedas negarlo. Ahora debería castigarte; pero voy á contarte una historia, porque me parece que es la primera vez que mientes y que no lo harás otra vez.

Así diciendo, la mamá sentó á su hijo en su falda, y, después de referirle la historia de Isabel la Católica y del cerezo, preguntóle si no trataría de confesar siempre la verdad como lo había hecho aquel joven. Ricardo lloró más que nunca, pero prometió no mentir nunca más, y cumplió su palabra.



Cómo dos aves anidaron en un zapato

EL PRIMER PESAR DE UNA NIÑA

Con la cabeza inclinada, como la flor que se doblaba bajo el soplo del huracán, con los ojos empañados por las lágrimas y reprimiendo sus sollozos, una encantadora niña tiene fija la vista en una jaula vacía. El pájaro que la ocupaba, más amante del espacio y de la libertad que del cariño de que recibía continuas pruebas, y hallando medio para pasar entre dos alambres de su dorada prisión, ha huído para elevarse á más puras regiones.

El sol brilla; las aves dejan oír entre el follaje de los árboles sus más melódicos trinos, y toda la naturaleza parece sonreír; pero todo esto no alegra ya el corazón de la niña, porque amaba verdaderamente á su alado prisionero.

Sin embargo, pasan algunos días, y el pesar de la niña comienza á desvanecerse poco á poco: ya no se llenan de lágrimas sus hermosos ojos al pensar en el ingrato cautivo; muy

pronto la sonrisa vuelve á entreabrir sus labios, y los juegos de la infancia hácenle olvidar su profunda pena.

CÓMO DOS AVES ANIDARON EN UN ZAPATO

El sol brillaba en todo su esplendor. Era una mañana templada y apacible; y dos pequeños pavos, piando y revoloteando de un lado á otro, buscaban algún sitio propio para fabricar su nido.

Después de visitar varios árboles, no hallaron, al parecer, ninguno que les conviniese cuando de pronto, la bella Matilde, que les observaba en silencio, comprendiendo sin duda su inquietud, murmuró:—¡Pobres avecillas! Ya veo que no encontráis ningún paraje á vuestro gusto; pero voy á dejaros mi zapato, y en él podréis hacer un buen nido.

Así diciendo, la niña se descalzó un pie, buscó un sitio á propósito detrás de una columna, puso allí el zapato y alejóse, olvidando muy pronto lo que acababa de hacer.



El tábano y la hormiga

No tardaron las avecillas en hallar el donativo de Matilde; y como se hallaba en sitio conveniente, comenzaron á fabricar allí su nido. Al declinar el día, y cansada ya de jugar, la niña se acordó de los pavos y fué á ver si estaban donde los dejó.

No fué poca su alegría al verlos profundamente dormidos, y un momento después se alejó silenciosamente, diciendo para sí:—No me importa perderlo con tal de que las avecillas estén á su gusto: quédense con mi zapato, que yo me pondré los nuevos.—¡Qué buen corazón tenía Matilde!

EL TÁBANO Y LA HORMIGA

Cierto día vi unos tábanos cerca de nuestra casa. Acerquéme á ellos y observé que uno se había apoderado de una oruga. Hacía esfuerzos para llevársela, cuando de pronto llegó una hormiga, y, después de mirar un momento, dirigióse hacia el tábano, dió un saltito y mordióle en un lado. El insecto, indiferente al ataque, siguió tirando con fuerza de su presa; mas entonces la hormiga, dando una vuelta, fué á morder al agresor en el lado opuesto. Esto bastó para que el tábano se retirase un poco, pero no tardó en volver á la carga; y ya estaba á punto de apoderarse de la oruga, cuando la hormiga le mordió la cabeza, haciéndole huir. Entonces su enemigo quedó dueño del botín, y con ayuda de otros compañeros la hormiga se llevó la oruga á su vivienda.

LOS GORRIONES Y LOS COPOS DE NIEVE

—¿De dónde venís en mal hora,—decían los gorriones á los copos de nieve,—sólo para infiltrar la humedad en los árboles y comunicar el frío á todo cuanto tocáis?

—Poco puede importaros esto,—contestaron los copos,—porque estáis bien revestidos de pluma y no debe haceros mella el frío.

—En eso tenéis razón,—dijeron los gorriones;—pero no es menos cierto que cubrís de una espesa capa los prados y caminos donde podemos hallar nuestro alimento, exponiéndonos á morir de hambre.

—Nosotros venimos de la región de las nubes,—replicaron los copos,—y nuestra llegada alegra á los muchachos, que también os quieren, puesto que suelen echar migas de pan por todas partes á fin de que podáis comer algo. No nos dirijáis, pues, recriminación alguna, pues ni nosotros dejaremos de venir ni os faltará á vosotros el alimento necesario. La naturaleza lo ha dispuesto así, y todos debemos conformarnos con sus leyes.

DOS MANERAS DE LEER

Mercedes era una buena niña, pero no le agradaba el estudio: prefería pasear y hablar, y molestábale la lectura. Así lo repetía diariamente á su mamá, y ésta sentía mucho oír á su hija hablar así, por lo cual contestábale siempre que sería vergonzoso crecer en la ignorancia.

Una mañana Mercedes estaba echada en el suelo con su libro en la mano, y al ver á su madre acercarse le dijo:

—Mamá: creo que á ninguna otra niña le costará tanto como á mí estudiar.

—Si aprendieras tu lección en vez de pensar lo que te cuesta,—repuso la madre,—bien pronto la sabrías, porque tú no eres torpe. Mas por ahora deja el libro y acompáñame, pues yo no lo necesitaré para darte una buena lección.

Mercedes se apresuró á obedecer, muy satisfecha por la perspectiva del paseo, aunque no adivinaba la intención de su mamá. Un momento después las dos salieron, y después de recorrer una larga distancia dieron vista á una gran casa de piedra cuyo patio estaba cubierto de sombra. La mamá de Mercedes preguntó por la escuela, y al punto la condujeron á una sala muy grande, donde se veían muchas niñas sentadas, cada cual con un libro en la mano.

—Mira, hija mía,—dijo entonces la mamá;—mira qué aplicadas son esas niñas y cómo estudian.

—Mamá, no estudian,—repuso Mercedes, después de mirar los libros que las educandas tenían en las manos;—pues veo que las hojas están en blanco.

La madre pidió entonces uno de los libros y mostróselo á su hija, quien pudo observar que no había letras negras, pero sí en relieve.

La maestra mandó á una de sus discípulas leer, lo cual hizo la niña muy bien, pasando los dedos sobre la página. Mercedes supo entonces que aquellas pobres niñas eran ciegas y sólo podían leer tocando las letras. La lección fué muy saludable para ella, pues desde aquel día se aplicó y ya no le parecieron enojosos los libros.





Los gorrones y los copos de nieve

LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

—Hablad, y decidme lo que puedo hacer por vos,—continuó diciendo.

Francisco bajó los ojos y guardó silencio, porque pensaba que el Sr. Folingsby debía acordarse de la injusticia que él ó su agente habían cometido despidiendo al anciano Frankland de su finca. Era demasiado altivo para pedir ningún favor á aquel de quien pensaba obtener una reparación.

En realidad, el Sr. Folingsby creía, como decía él, que su agente cuidaría bien de todos sus asuntos; y conocía tan poco las cuestiones de los arrendatarios, sus personas y hasta sus nombres, que no tenía en aquel momento la menor idea de que Francisco fuese el hijo de uno de los más antiguos colonos de sus propiedades. Ignoraba que el viejo Frankland se hubiese visto en la necesidad de buscarse un asilo en una casa de caridad á causa de la injusticia de su apoderado. Sorprendido por el silencio glacial de Francisco, hízole mil preguntas, hasta que al fin, con sorpresa llena de vergüenza, supo la verdad.

—¡Gran Dios!—exclamó.—¡Mi negligencia ha sido, pues, la causa de todas las desventuras de vuestro padre, del padre de Fanny Frankland! Recuerdo, ahora que me ponéis en camino, algo de un anciano con una hermosa cabellera blanca que vino á hablarme de negocios precisamente en el momento de mi partida para las carreras de Ascot. ¿Era, pues, vuestro padre? Acuérdomme que le dije que llevaba mucha prisa y que mi apoderado, el señor Deal, le haría ciertamente justicia. En eso fué indignamente engañado y he tenido muchos disgustos por haber puesto mi confianza en semejante hombre. Gracias á Dios, me ocuparé yo mismo, de hoy en adelante, en mis asuntos, y estoy decidido á verlo todo muy claro en lo sucesivo. Mi cabeza no se ocupaba sino en caballos, carruajes y carreras. Hay tiempo para todo: ya ha pasado para siempre mis días de locura, y deseo tan sólo que mi negligencia no perjudique á nadie más que á mí. Todo lo que puedo hacer ahora,—continuó diciendo el Sr. Folingsby,—es reparar, en lo posible, lo pasado. Empezaré por vuestro padre. Felizmente tengo los medios con que hacerlo. Puedo disponer en este momento de su finca, y mañana le será devuelta. El colono

que le había reemplazado acaba de rescindir el contrato, y por cierto que me debe un considerable atraso; pero he construido una bonita casa y me alegro vivamente por vuestro padre. Decidle que podrá ocuparla y que estoy pronto a ponerle de nuevo en posición. Urgeme reparar el daño que le he hecho, ó, cuando menos, que he dejado se le hiciera en mi nombre.

Francisco estaba tan trasportado de júbilo, que apenas podía encontrar palabras con que dar las gracias. Al volver á casa entró en la de la Sra. Hungerford para contarle tan buenas noticias á su hermana Fanny. Era la víspera del cumpleaños de su padre.

Llegó el feliz día. El anciano Frankland hallábase ocupado en su jardín, cuando oyó la voz de sus hijos que se dirigían hacia él.

—¡Fanny, Paulina, Jaime, Francisco: bienvenidos, hijos míos! Ya sabía yo que seríais bastante buenos para venir á ver hoy á vuestro viejo padre. También yo he cogido algunas de mis grosellas para vosotros, á fin de festejar á mi manera vuestra bienvenida. Pero me sorprende el que no os deis vergüenza de visitarme en semejante casa. ¡Qué alegres muchachos, qué risueñas chicas! Ya veo que tenía yo razón de estar orgulloso de vosotros, pero no creo haberos visto nunca con aire tan placentero como ahora.

—Puede ser, padre,—dijo Fanny,—que sea porque nunca nos habéis visto tan dichosos desde que estamos en el mundo. Sentaos, querido padre, ahí, bajo esa glorieta, mientras nosotros nos sentaremos en el césped y cada uno contará su historia y dirá las buenas nuevas que os trae.

(Se continuará)



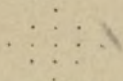
Los gorriones y los copos de nieve

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Logogrifos: 1.º, Alejandro; 2.º, Caminos.—Charadas: Gastrónomo, Bonete, Atlano, Peseta, Orense

+ PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +

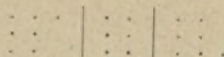
ROMBO



Sustituir los puntos con letras de modo que, leídas vertical y horizontalmente, resulte: 1.ª, consonante; 2.ª, mineral empleado en la construcción de casas; 3.ª, puerto celebre de España; 4.ª, artículo; 5.ª, consonante.

PILAR Y ANTONIO SEVA

TERCIO DE SÍLABAS



Primera línea vertical y primer grupo horizontal: juego; 2.ª, publicación; 3.ª, buena nota.

EUDALDO DALTABUIT ANDRÉS



Dos maneras de leer

+ CHARADAS +

En esta primera cuarta
que hoy, mi *todo*, te envío,
verás que de ti me acuerdo
con muy dichoso motivo.
Una cuarta tres y cuatro
de oro mando asimismo
como débil testimonio
de mi afecto siempre vivo,
y en seguida caramelos
de *dos cuatro*, los más finos.
Recíbelo de mi parte
y cuenta con mi cariño.

ORESTES

En cuarta y primera
primera y dos hallas.
Tu madre, hijo mío,
no es, no, *tercia* y *cuarta*,
que, á serlo, en sus brazos
muy mal te estrechara.
El *todo* fué un creso,
un creso de España;
y aunque hoy ya no existe,
las piedras de él hablan.
Quien más saber quiera
al *todo* le mandas.

T.

Consonante es mi *primera*,
y la *cuarta* una vocal;
siempre presente de un verbo
la *tercia* y *cuarta* serán,
verbo que yo muchas veces
acostumbro á ejecutar;
otro la *cuarta* y *segunda*;
y el *todo* es líquido tal,
que se usa diariamente
por ser de necesidad.

MANUEL LUIS VICIOSO

+ Las soluciones en el número próximo +

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.